

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Los pendientes

El mismo día que el Consejo de Ministros aprobaba el Proyecto de Ley para ampliar a un cuarto supuesto la actual Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo, andaba yo revolviendo entre mis papeles y notas y, casualmente, tropecé con un recorte de la prensa ecuatoriana del año 1987, que se titulaba: "Exposición de pendientes con fetos disecados". La noticia la capté en un diario de Guayaquil, pero provenía de Londres.

Un joven "artista" canadiense había expuesto en una galería de Londres un par de pendientes de mujer, cuyos colgantes eran dos fetos humanos disecados, de desarrollo equivalente a unas ocho semanas de embarazo. La policía secuestró los pendientes, y el "artista" manifestó su intención de presentar una demanda judicial para que la policía le devolviese sus pendientes.

Hasta aquí las dos noticias. Una, referente al Gobierno español, que intenta hacer legal el aborto cuando exista un "conflicto personal, familiar o social de gravedad", y otra, referente a la imaginación

de los "artistas" que intentan ampliar su campo de creación mediante el uso de una nueva materia prima.

La primera noticia supone, de hecho, poner plenamente la decisión de abortar en manos de las mujeres, y la segunda, supone la monstruosidad de aprovechar irreverentemente los despojos de inocentes criaturas asesinadas en el seno materno.

Dicho de otro modo, por una parte se pretende aumentar la disponibilidad, en el mercado, de esta nueva materia prima para el "arte", y por otra se sugiere el modo de realizar con ella novedosas "creaciones artísticas".

Es posible que, a través de la escritura, no se me note, pero confieso a Vds. que estoy a punto de devolver.

No voy a entrar en el fondo de la cuestión porque ello requeriría, por mi parte, un ánimo más sosegado y sereno, y no es éste asunto que deba ser tratado a la ligera y despachado en unas cuantas líneas. A pesar de ello, no me resisto a afirmar que el derecho a la vida de los seres inocentes está por encima de todas las togas y

birretes del mundo entero.

Si se despenaliza el aborto es porque se piensa que no es un asesinato. Y si se piensa que no es un asesinato, es porque se cree que el feto no es un ser humano, sino una excrecencia indeseable, o una parte más del cuerpo de la mujer, como, por ejemplo, una muela.

Si, para los legisladores, un feto extirpado a una mujer es equivalente a una muela extraída de su boca, el tratamiento que se dé a un "artista" que fabrique un par de pendientes con dos fetos disecados, habrá de ser el mismo que se dé a otro que fabrique un par de pendientes con dos muelas humanas.

De todo esto debe deducirse que, si se aprueba el nuevo supuesto del aborto, los españoles no tendremos ya por qué escandalizarnos del comportamiento del "artista" canadiense, y nuestra sociedad habrá de estar preparada para ver, sin asombro, cualquier cosa, por monstruosa que sea.

Cuando todo esto ocurra, el mujerío progresista, en vez de aspirar a tener una parejita, formada

por nena y nene, que alegre su hogar, soñará con tenerlos en forma de fetos disecados, colgando de sus orejas, para que no interfieran con sus hábitos de vida.

Las mujeres de la progresía olvidarán lo que es tener entre sus brazos una criatura dormida, después de haber mamado en exceso, y de cuya boquita rebosa un poco de leche, y en su lugar, se ocuparán de que no falten las bolas de naftalina en la cajita en que guardan sus pendientes.

Las mujeres ya no quieren estar pendientes de sus hijos. Prefieren que ellos estén pendientes de sus orejas y —con estos pendientes puestos— ir en minifalda a recorrer las recónditas mádriguas de la noche, pensando que, quizás, el olor de la carne infantil disecada atraiga el interés de los machos.

La izquierda española, unida como una piña, no quiere desaparecer de la escena política, sin antes haber añadido estas macabras joyas al ornato de su corona.

(*) Profesor de Investigación

De la calificación moral de las conductas ya se encarga de hablar la Iglesia. De sus repercusiones sociales, que hablen los sociólogos. Yo me limito a cerrar los ojos y a taparme las narices para no ver ni oler tanta indignidad, fabricada por la gente de altura que vive a mi costa.

Las criaturas abortadas, cuyas almitas jamás pudieron tener un cuerpo completamente desarrollado, se ha-

cen presentes, como fantasmas, en las sillas vacías que se arriman a la mesa a la hora de comer, y en las camitas vacías, adornadas con muñecos, a la hora de dormir.

Y las madres, cuando la polilla haya destruido sus pendientes, y su piel comience a mustiarse, vivirán largas noches silenciosas, odlando aquellos amores que tuvieron, y añorando con lágrimas aquellos otros, más limpios, que renunciaron a tener.